

SARMIENTO Y LA NACIÓN CÍVICA. CIUDADANÍA
Y FILOSOFÍAS DE LA NACIÓN ARGENTINA; de
Susana Villavicencio, Buenos Aires, Eudeba, 2008.
Gabriela Rodríguez
Universidad de Buenos Aires / CONICET / París 8

Susana Villavicencio nos propone un encuentro con Domingo Faustino Sarmiento diferente de los recorridos a los que nos han acostumbrados biógrafos y comentaristas clásicos (y no tan clásicos) de la vida y obra del maestro sanjuanino.

Esta diferencia específica no se funda en un rechazo frontal de otro tipo de interpretaciones, sino en el tipo de apropiación que realiza sobre los textos de Sarmiento.

Y es que la del sanjuanino es una textualidad que, por las características específicas de su propio autor, nunca se constituye como un objeto absolutamente autónomo de los avatares personales de quien la pergeñó.

Sarmiento y la nación cívica no es, entonces, una biografía sobre Sarmiento. Tampoco es una historia de sus ideas o acciones políticas. Y aunque la autora se sirva e inclusive recupere gestos enunciativos típicos de los estudios sarmientinos más representativos, la originalidad del planteo de Villavicencio radica no sólo en el énfasis que les da a la Filosofía como matriz reflexiva y a la Historia Conceptual como herramienta heurística, sino también (y especialmente) en que este libro no filosofa desde o a través de la vida o la obra de Sarmiento, sino que nos enfrenta a la tarea de filosofar con él, en tanto hom-

bre de pensamiento y ciudadano bifronte de una *pólis* deseada y de una comunidad política real. De este modo, los lectores se encontrarán con un Sarmiento filósofo *malgré soi*, no un filósofo profesional, pero sí un filósofo en el sentido de un hombre que se propone pensar más allá de los límites establecidos. Y esto puede suceder, aunque esas fronteras, simbólicas, imaginarias o reales, a veces, las haya trazado él mismo.

El recorrido que plantea Villavicencio se sustenta en tres pilares claramente articulados: un concepto político que oficia de hilo conductor, una metodología de trabajo sistemáticamente empleada y, por último, una estructura argumental sólida y equilibrada.

Respecto del primero de estos pilares, se puede decir que la representación o concepto político que auspicia de articulador del relato es la «nación cívica». Por un lado, esta noción permite comprender los sentidos de la nación por fuera de las fronteras del nacionalismo. Por el otro, posibilita un vínculo no sólo político institucional sino también filosófico entre la nacionalidad argentina y el proyecto y tradición republicana. En ese vínculo se ponen en juego significados plurales y cambiantes de las virtudes cívicas y, sobre

todo, el problema de la democracia entendida en sentido tocquevilliano como un «estado social», es decir, como experiencia fenomenológica. Pero también participan de este horizonte de sentido las tensiones entre el ideal de ciudadanía activa, enraizada en la posibilidad de educar al pueblo como sujeto político, y las presiones (no sólo fácticas, sino también teóricas) para construir un poder-autoridad que sirva de sustento a un Estado-nación soberano.

Por todo ello, la idea de nación cívica es, en primer lugar, un excelente prisma para volver sobre la clásica antinomia entre *civilización y barbarie*, poniendo de manifiesto su carácter dinámico, un aspecto que tanto detractores como defensores del «padre del aula» tendieron a soslayar, y mostrando a la vez (aunque quizás aquí el énfasis no sea tan marcado) que la discursividad sarmientina resiste y se resiste a la efectividad de su propia dicotomía. Baste recordar algunas imágenes presentes en los relatos de *Viajes* o en los *Facundos* de juventud y vejez: los libros en el África, la Buenos Aires «barbarizada» por el sistema rosista, los tigres humanizados por el amor y los doctores animalizados por el egocentrismo y la cerrazón de miras.

Pero la noción de «nación cívica» también es fructífera para revisar el republicanism de Sarmiento desde su vínculo con repúblicas modernas, posibles e imposibles, como los Estados Unidos y Francia. Y en este camino, se pueden analizar sus propuestas o modelos de orden político,

no a partir de sus diferencias con su realización institucional concreta, sino con sus hallazgos y tensiones internas.

A su vez, una tercera potencialidad que presenta el filosofema de la «nación cívica» es que permite comprender el sentido del proyecto sarmientino para educar al soberano-ciudadano. Entre las múltiples consecuencias de este proyecto se encuentra la paradójica transformación de un autodidacta que hubiese sido el orgullo de Jacotot en el instructor de un esquema unidimensional de civilidad. En este sentido, no debemos olvidar que Sarmiento aprende francés descifrando los libros que lo fascinan y que sus lecciones favoritas las recibe no sólo de la ética de trabajo implacable de una madre casi analfabeta, sino también de los diálogos socráticos con su tío, un clérigo rebelde.

Y por último, también es la idea-concepto de «nación cívica» la que hace posible que Susana Villavicencio lea un texto polémico y complejo como *Conflicto y Armonías de las razas en América* desde un registro totalmente diferente al de las lecturas canónicas añejas o contemporáneas. De este modo, un evolucionismo racialista puro y duro, alabado por positivistas y criticado por antipositivistas, con herramientas interpretativas más o menos sofisticadas, se transforma en un complejo problema político para la república como ideal cívico, que se articula en un terreno filosófico y real donde la hospitalidad sin condición se entronca con la condiciona-

lidad de la política como historia o lucha entre grupos, clases o comunidades.

Sin embargo, este primer pilar no tendría la misma coherencia si no estuviese acompañado de una metodología de análisis que se apropia de los conceptos y les otorga un valor, no como representaciones de hechos o situaciones, ni tampoco como meras abstracciones, sino que los pone en diálogo entre sí a partir de su polisemia. Este es el segundo pilar que estructura el libro, el abordaje de los textos y los temas y problemas que ellos plantean. Es precisamente en el propósito de filosofar con Sarmiento donde Villavicencio pone en diálogo los planteos del político sanjuanino y sus propias interpretaciones sobre ellos con filósofos contemporáneos como Arendt, Abensour, Rancière, Derrida o Foucault. En esas *disputationes* filosóficas, donde se tratan cuestiones tales como los sentidos de la acción política, la historia y la génesis del republicanismo moderno, la emancipación y la auto-emancipación, las partes sin parte de la *ciuitas* democrática, la hospitalidad incondicional y la condicionalidad de la soberanía, se introducen problemáticas de notable interés teórico y práctico para la comprensión de la política contemporánea. Y no importa que estas cuestiones no sean siempre totalmente resueltas o reciban un tratamiento igualmente exhaustivo. Precisamente en ese caso es cuando el lector puede sumarse a este viaje filosófico, y no solamente como espectador, aun en un sentido kantiano,

para seguir transitando por los senderos abiertos por este libro.

Sin embargo, el Sarmiento que nos presenta Villavicencio no sólo es, a través de sus conceptualizaciones, un interlocutor de polémicas filosóficas de alto vuelo. También es un pensador o filósofo en sentido amplio, si bien no pasó por las aulas que legitiman profesionalmente ese saber y no creó un concepto filosófico de alto vuelo. El Sarmiento que nos presenta Susana Villavicencio descubre o tal vez más precisamente nos descubre una figura conceptual: el extranjero. El extranjero es la posibilidad, la frontera abierta, la civilización, la industria, las maestras normales y todo lo que el mundo nos puede enseñar. Pero también es el carnero que se resiste a ser hombre, y que, a diferencia del tigre que toma y destruye la *pólis* por asalto, se niega, por desidia, comodidad, o falta de patriotismo, a entrar en la Argirópolis, que la voluntad de Sarmiento crea para él. Por ello, la figura del extranjero funciona como límite pero también como condición de posibilidad de la nación cívica argentina.

Llegamos, de este modo, al tercer pilar, que es la forma como se ligan narrativamente los conceptos y representaciones analizados en este libro. Ciertamente, la fuerza performativa del análisis y los conceptos en juego se sostienen por una estructura argumental sólida y equilibrada, en capítulos que se destacan especialmente por su simetría. De esta manera, no hay

tema, cuestión o problema que monopolice o que concentre la mayor parte del espacio textual, sino que a través de una economía armónica cada una de las problemáticas propuestas recibe una atención similar: la nación cívica como concepto y representación política y su relación con la república; la dicotomía *civilización y barbarie* en la clave de la Filosofía de la Historia; el desafío de construcción de un orden político republicano y federal, la educación republicana; el extranjero y la ciudadanía argentina; y la relación entre nación, república y razas.

En las conclusiones, Susana Villavicencio señala la actualidad del tema en cuestión. Hoy seguimos como ayer debatiendo acerca de la posibilidad de que la república constituya un «orden político o un referente claro de la identidad nacional». La república se nos impone, pero su institucionalidad resiste, al menos en nuestro país, una relativa consolidación. Y esto es así tanto por las irrupciones dictatoriales en el último siglo como por las

dificultades para adecuar la formalidad discursiva o normativa a las prácticas políticas concretas.

En este punto, se podría afirmar inclusive que existen todavía discursos sobre la «republicanización de la república» que tienen una función y estructura similar al sarmientino, pero adaptados a un nuevo contexto. Por ello, y para comprender los sentidos que se ponen en disputa cada vez que alguno de nosotros o de los otros se auto-arroga el derecho de representar o encarnar más cabalmente la idea de «república», las tensiones, contradicciones, alcances y límites de nuestra tradición republicana se nos aparecen, no como fantasmas para conjurar, sino más bien como un legado para resignificar. Es en esta imposibilidad, o tal vez en esta posibilidad, por momentos imposible, que el pasado y el presente se encuentran y nos enfrentan con un futuro conceptual y político que, como otrora a Sarmiento, nos compete intentar construir.